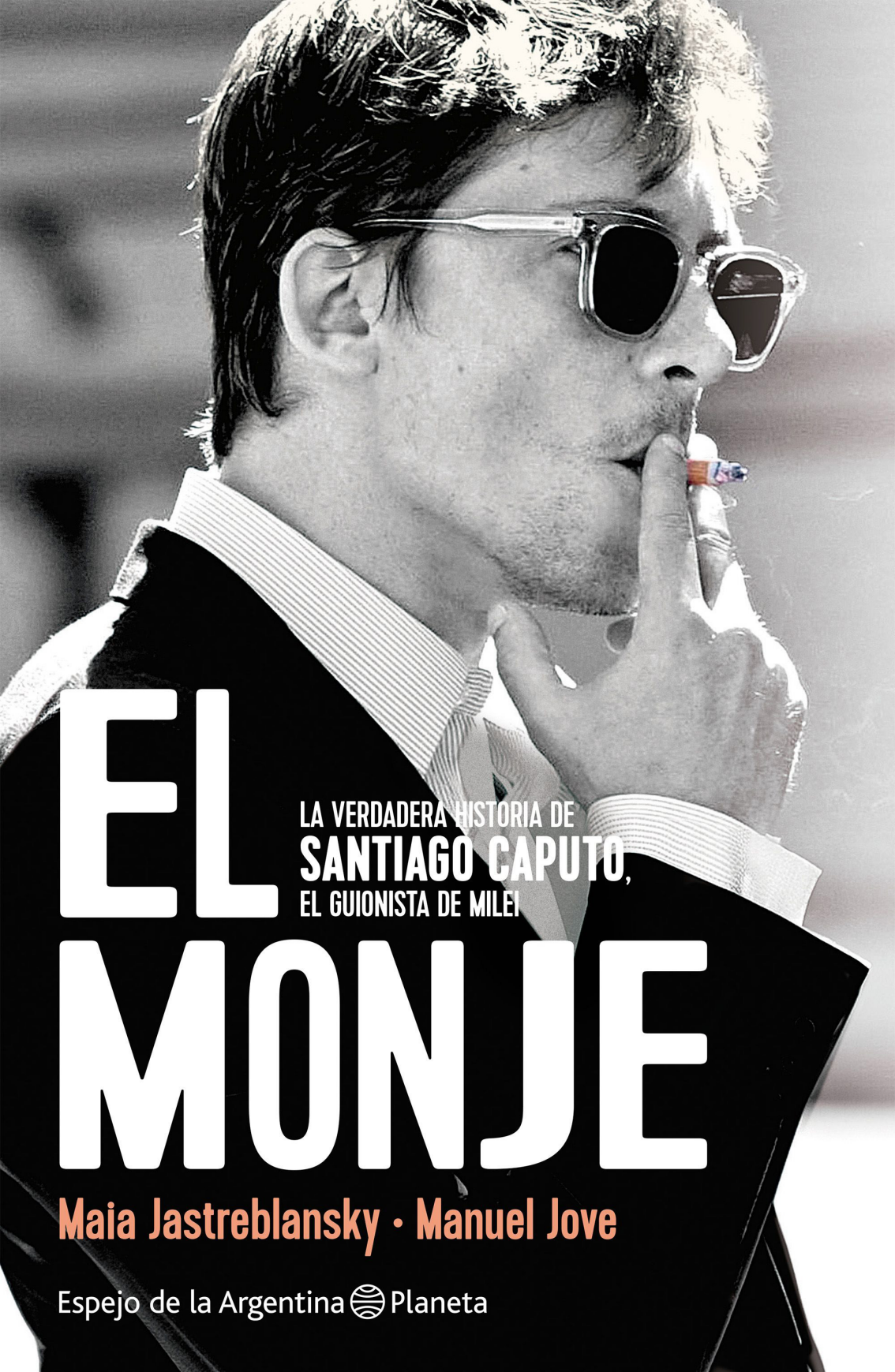




EL MONJE

LA VERDADERA HISTORIA DE
SANTIAGO CAPUTO,
EL GUIONISTA DE MILEI

Maia Jastreblansky • Manuel Jove

Espejo de la Argentina  Planeta

MAIA JASTREBLANSKY
MANUEL JOVE

EL MONJE

La verdadera historia de Santiago Caputo,
el guionista de Milei

Espejo de la Argentina  Planeta

MOVE GROUP

PARTE 1: LOS MENTORES

La zona norte del Gran Buenos Aires siempre fue un imán para los pactos políticos. Los Caputo también. El jueves 4 de noviembre de 1993, a las 7:30, Paola Caputo abrió la puerta de la casa familiar en Olivos y dejó pasar al expresidente Raúl Alfonsín, al exministro del Interior, Enrique «Coti» Nosiglia, y al senador Mario Losada con dos docenas de medialunas en la mano. La madre de Paola, Anne Morel, había dejado un mantel fino tendido en la mesa con café, té y jugo de naranja y se había ido a trabajar después de llevar a sus dos hijos menores al colegio.

Apenas entró, el Coti enfiló hacia la cocina para calentar agua para el mate.

—¿Tu viejo sabe que su casa va a pasar a la historia?

—Se enteró... pero no entendió bien para qué era...

—dijo Paola.

La noche anterior, Anne había telefoneado a su marido, Dante Caputo, a Haití. El excanciller de Alfonsín permanecía en una misión oficial como representante

de la ONU. Su esposa le avisó que Nosiglia le había pedido prestada la casa para una reunión importante. El lugar del cónclave secreto tenía una única razón de ser: quedaba a doscientos metros de la quinta presidencial.

Unos minutos después, el Coti pidió permiso a la joven Caputo para abrir el portón del garaje. Y dejó pasar un Peugeot 405 de vidrios polarizados con Ramón Hernández en el volante, Eduardo Bauzá en el asiento del acompañante y Luis Barrionuevo, Eduardo Duhalde y el presidente de la república, Carlos Menem, en el asiento de atrás.

Con 23 años, Paola Caputo estaba a punto de ser una testigo involuntaria pero privilegiada de la reunión en donde se hizo la *mise en place* del Pacto de Olivos. Del momento en el que se definieron los ingredientes del acuerdo y se pactó de verdad, no del teatro que se montaría después en la quinta presidencial para que la prensa se sintiera parte del encuentro histórico entre Menem y Alfonsín.

Aquella mañana que escribió la historia en su propia casa —y toda la política que había respirado desde que nació— llevó a Paola Caputo a seguir el camino de la vida pública. En 2009, la hija mayor de Dante obtuvo una banca en el Concejo Deliberante de Vicente López por la lista de Acuerdo Cívico y Social, el frente que la UCR de Ricardo Alfonsín había sellado con el GEN de Margarita Stolbizer y la Coalición Cívica de Lilita Carrió.

Sin embargo, en 2011, Paola se convirtió en una detractora pública de Alfonsín hijo por la alianza que este

entabló con el empresario Francisco de Narváez. El radical quedó como candidato presidencial del espacio y el exdueño de Casa Tía fue a la boleta bonaerense. Fue una catástrofe: sacaron 11 y 15%, respectivamente, a más de 40 puntos de los ganadores.

«Después de la última elección se ha desperfilado la identidad de la UCR porque es muy difícil de explicar la sociedad con De Narváez. La población no lo acompañó por falta de coherencia, la gente es muy sabia», le dijo Paola Caputo a la prensa en aquel entonces. Por su rebeldía, la hija del excanciller de Raúl Alfonsín terminó expulsada del partido centenario, que llevaba en la sangre, con un email que le notificó que había violado el artículo 10 de la Carta Orgánica del radicalismo bonaerense.

Ella no se quedó, en absoluto, callada. «Ricardo Alfonsín hizo campaña por De Narváez. A nosotros, por defender el perfil socialdemócrata del radicalismo, nos quieren expulsar. Es terrible buscar la paja en el ojo ajeno cuando uno tiene clavado un escarbadien en la córnea», le dijo a *Ámbito Financiero* luego de su expulsión.

Para atravesar ese trance, Paola Caputo quiso rodearse de personas de confianza. Un primo segundo, Santiago, estudiaba Ciencias Políticas en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y había arrancado a dar cursos de capacitación en el Instituto Lebensohn, una fundación creada en 2008 por el radicalismo porteño de Nosiglia para formar cuadros, apuntalar candidatos y canalizar aportes dinerarios en años electorales y no electorales. Paola sabía que la experiencia laboral del

primo, de 26 años, era escasa. Pero Dante le tenía mucho afecto a Claudio, el padre de Santiago, que era el escribano de la familia.

El excanciller le había regalado a Claudio una insignia que se había traído del Vaticano cuando firmó el Tratado de Paz y Amistad entre Argentina y Chile ante el papa Juan Pablo II en 1984. Para Paola, entonces, incorporar a su equipo a un Caputo de su generación para hacer política le parecía de lo más natural.

El primo segundo resultó una sorpresa para la concejala de Vicente López. «Santiago pensaba diez pasos adelante. Era audaz, creativo y muy inteligente», recordó Paola Caputo trece años más tarde de esa colaboración entre ellos. Pero la experiencia de los primos trabajando juntos duró solo tres meses. «Enseguida se fue a trabajar con Jaime Durán Barba. Para mí fue una lástima. Recuerdo que me apenó que se fuera... pero lo entendí», agregó ella.

Del paso de Santiago por Vicente López no hay ningún registro escrito. Paola había iniciado los trámites para que Santiago consiguiera un lugar en la planta transitoria de su despacho, pero en el medio del papeleo, él cambió de rumbo. Le explicó a su prima que se le había dado una oportunidad única en una consultora política exitosa a la que venía siguiendo con fruición desde hacía tiempo. Estaba muy agradecido de haber trabajado con ella —le transmitió—, pero no podía dejar pasar ese tren.

Santiago Caputo pudo ser un empleado público de un Consejo Deliberante del conurbano, pero pegó el

volantazo antes de firmar el contrato. Desde entonces, para los sabuesos de la AFIP, siempre fue un simple monotributista.

En la facultad, Santiago Caputo había leído al filósofo argentino Ernesto Laclau, al politólogo italiano Giovanni Sartori, al pensador alemán Walter Benjamin. Pero nada lo estimulaba más que pegarse a la televisión para seguir a Toby Ziegler, el director de comunicaciones de la Casa Blanca en la serie *The West Wing*, interpretado por Richard Schiff. En la UBA, Santiago respiraba pensamiento crítico e idealismo marxista. Todos los días escuchaba proclamas por la liberación de América Latina del dominio del imperialismo norteamericano. Pero en su casa, sus lecturas optativas y sus consumos culturales denotaban fascinación por el capitalismo y admiración por la George Washington University, la cuna de la consultoría política estadounidense.

De ahí su obsesión por el drama político de la cadena NBC que transcurre en el ala oeste de la Casa Blanca. De ahí, también, que le haya puesto un ojo a los primeros éxitos locales del Pro de la mano de Jaime Durán Barba, el consultor ecuatoriano al que Joe Napolitan llegó a bautizar como el «Napolitan Latino», según contó el periodista Andrés Fidanza en el libro *Durán Barba. El mago de la felicidad*.

El gurú de Mauricio Macri despertaba un halo de misterio en la Argentina. Nadie sabía cuándo estaba en

el país y cuándo no. Mucho menos dónde vivía o cómo trabajaba. Solo se sabía que había convertido al heredero millonario de Socma en un gestor de derecha *cool* que conectaba con algunas de las fibras más íntimas de la sociedad.

En 2010, Caputo se decidió. Garabateó un currículum vitae escuálido en el que volcó su paso como cadete de la escribanía familiar y sus experiencias en el *Lebensohn*. Después, hizo un rastreo en Internet con alguna sofisticación y dio con una dirección: Libertad 1240. Cuando llegó al lugar, se encontró con una coqueta callejuela escondida, de color terracota y poblada con locales de arte y diseño. Era el Pasaje Libertad, una galería que remite a la Toscana ubicada exactamente enfrente de la Escuela Nacional de Inteligencia (ENI). Adentro, en el corazón de esa manzana en Recoleta, identificó la chapita de la fortuna en el local 33 del primer piso: Durán Barba & Asociados.

Tomás Vidal entreabrió la puerta y sacó medio cuerpo afuera de mala gana. Poco acostumbrado a los visitantes, recibió la carpetita de Caputo con el CV y cerró con cara de pocos amigos. Santiago comprendió enseguida que jamás iba a conmovier a la cofradía de Durán Barba con romanticismo y sin mover contactos.

La forma de llegar era obvia, pero el padre de Santiago detestaba pedir favores. Sobre todo a los Caputo más ricos y poderosos del clan. Santiago se había cansado de escuchar a su progenitor decir que «al abuelo Vicente lo mandaron a trabajar a los 12 años pero a los otros Caputo los mandaron al Cardenal Newman».

Su frustración, sin embargo, llegó rapidísimo —como todos los radiopasillos familiares— a los oídos de su tía Inés. Y ella, que siempre había sido más fresca y descarada que su hermano Claudio, levantó el teléfono para hacer conexión con la otra punta del árbol genealógico.

—Nicky, ¿cómo estás querido? ¿Cómo está la familia? El hijo de Claudio está estudiando Ciencias Políticas, ¿sabés? Vos que tenés contactos ahí, ¿podrás conseguir que lo reciba Jaime Durán Barba? Que lo conozca aunque sea, sin compromiso, eh.

Nicolás Caputo, el mejor amigo de Mauricio Macri, trataba a Claudio únicamente por asuntos laborales. El padre de Santiago era el escribano de la constructora de Nicky y conocía todos los secretos legales del *holding* que se había fundado en la década del treinta. Pero ellos no compartían las mesas familiares de Año Nuevo ni sus asuntos personales. Ante el pedido de la tía Inés, Nicky se comprometió enseguida a hacer los llamados telefónicos pertinentes para que su sobrino lejano tuviera una chance con el consultor estrella del Pro. Pocos días después volvió con una fecha y un lugar. Y Santiago tuvo su *one-shot* con Durán Barba en el departamento del gurú ecuatoriano sobre la avenida Alvear.

Santiago y Jaime se sentaron frente a frente en la punta de una mesa larga y mantuvieron una charla corta. Caputo intentó exhibir aptitud y actitud, pero Durán Barba le pinchó el globo enseguida. «No te hagas ilusiones, yo no tengo interés en montar oficinas en Argentina. Ahora me voy de viaje, cuando vuelva hablamos». Santiago recordó la chapita de la galería terracota. ¿Qué

era eso sino una franquicia duranbarbeana en Buenos Aires? Era cierto que el gurú de Macri, un fantasma para el fisco, no tenía una sociedad anónima propia en la Argentina. Lo que había era un puñado de firmas sueltas dedicadas a los sondeos de opinión, la segmentación, el *tagging* y las bases de datos. Pero ninguna de las firmas tenía al ecuatoriano como socio. Eran, en cambio, sus discípulos locales los que figuraban ante la Inspección General de Justicia (IGJ).

Mientras Santiago mantenía su entrevista exprés con el gurú ecuatoriano, un miembro de la escudería duranbarbeana entró en la sala sin saludar y se sentó en el otro extremo de la mesa con la vista enchufada a dos celulares. A Caputo lo hechizó de inmediato la imagen del joven con doble vida telefónica. Enseguida fantaseó: una línea para los silvestres y un teléfono rojo para los asuntos sensibles. Jaime lo introdujo: «Te presento a Rodrigo Lugones, uno de mis socios».

Rodrigo «Rolo» Lugones había conocido a Durán Barba en 2003, en un seminario de la Universidad Torcuato Di Tella, y dos años después fue incorporado como colaborador *junior* en la campaña de la Alianza Propuesta Republicana que depositó a Macri en la Cámara de Diputados, la única (y detestada) experiencia legislativa del expresidente de Boca.

«Te presento a Rodrigo, el primer latino graduado de la escuela de formación política de la George Washington University», repetía Jaime ante sus clientes, orgulloso de los pergaminos académicos de su aprendiz. El socio de Durán Barba, Santiago Nieto Montoya,

también estaba fascinado por las aptitudes del joven que contaba con una maestría en la escuela de *management* político de la prestigiosa casa de estudios de la capital norteamericana.

Lugones estudió en detalle las campañas de los ochenta que llevaron como candidato al republicano Ronald Reagan y se obsesionó con algunas de sus características, como la aplicación de la comunicación directa, la segmentación del electorado y la utilización de bases de datos. En 2004 participó del comité de campaña presidencial del demócrata John Kerry, derrotado por George W. Bush. Su rol, por supuesto, fue absolutamente marginal. No era, de todos modos, ni un demócrata ni un republicano confeso. «A mí no me interesa la ideología», planteaba al momento de seleccionar con quién trabajar, como un eslogan.

Entre 2005 y 2007, Lugones montó un *call center* en Buenos Aires con Guillermo Garat, un economista de la UCA y relacionista público que trabajó en medios y que luego dio un volantazo hacia los servicios de la consultoría y las encuestas. Garat había traído a la Argentina la tecnología Interactive Voice Response (IVR), un sistema automatizado de encuestas telefónicas que permite elegir las respuestas ante un menú de opciones.

El *call center* implicaba sumarle sofisticación y «fierros» al servicio de consultoría de Durán Barba: no solo permitía hacer encuestas propias (y no tercerizarlas), sino también llegar con comunicación directa al electorado. Llamarlos por teléfono para decirles al oído el mensaje que el político necesitaba transmitir.

En la Argentina, Garat y Lugones crearon Opinión Confidencial SRL, una firma «tributo» a Informe Confidencial, la empresa madre del proyecto duranbarbeano, fundada por Jaime y Nieto en 1998, en Ecuador. Guillermo «Guillo» Garat además era dueño formal de otras sociedades vinculadas al servicio de *call center*: Tag Continental SRL y Connectic SRL. Esos nombres serían la clave para entender todo lo que vino después.

En 2008, los jaimitos porteños sumaron un tercer compañero de equipo. Tomás Vidal era un periodista de la revista *El Guardián*, propiedad del empresario y exbanquero Raúl Moneta, y del sitio especializado Edición I, dirigido por el periodista Edgar Mainhard. El joven empezó a contactarse con insistencia con los discípulos argentinos de Durán Barba para conseguir una entrevista con el ecuatoriano, que ya era un mito viviente. La cuestión terminó al revés. Lugones convenció al reportero para que dejara el oficio periodístico (al que ya consideraba antiguo) y trabajara en la consultora atrayendo a nuevos clientes gracias a sus roces con la política.

La campaña consagratoria de Rolo Lugones llegó en 2009. De Narváez, en alianza con Macri, enfrentaba al Frente Para la Victoria en la provincia de Buenos Aires. El gobierno de Cristina Kirchner había puesto a todos sus pesos pesados en una boleta de candidaturas testimoniales. En esa lista estaban, primero, el expresidente Néstor Kirchner, y debajo el gobernador bonaerense Daniel Scioli, la artista Nacha Guevara y el jefe de Gabinete, Sergio Massa, una joven promesa del firmamento kirchnerista.

El imaginario popular recuerda aquella contienda como la derrota de un Néstor Kirchner que parecía imbatible. También como el triunfo de un empresario y *outsider* que arrancó con bajos niveles de conocimiento y se abrió paso gracias a sus apariciones en *Gran Cuñado*, el show de imitaciones de Marcelo Tinelli, que por esa época alcanzaba los 40 puntos de *rating* (equivalente a 4 millones de personas solo en el Área Metropolitana de Buenos Aires). Aunque la caricatura de De Narváez (un humorista con máscara que decía: «Alica, Alicate») fue un *boom*, aquel no fue el único secreto del triunfo.

Lugones había puesto en marcha un laboratorio de campaña *premium* que incluía un plan estratégico, encuestas telefónicas, grupos focales y la creación de una valiosísima base de datos que llegó a identificar la composición de más de tres millones y medio de hogares bonaerenses.

Más allá de los logros en elecciones argentinas, Lugones siempre depositó su mayor energía en la cacería de proyectos internacionales. En 2010, en Brasil, se hizo cargo del inocente sueño presidencial de Marina Silva, una dirigente progresista que había llegado al Senado de su país como abanderada de la agenda ecológica.

Para el inicio de la campaña, Silva tenía una intención de voto de entre 4 y 6% y una semana antes de las elecciones de octubre las encuestas más optimistas le pronosticaban apenas un 9%. La sorpresa llegó cuando se abrieron las urnas. Silva obtuvo casi 20 millones de votos y un cómodo tercer lugar. Doce años después se

convertiría en la ministra de Medio Ambiente de Lula da Silva.

Durán Barba era la marca de la consultoría al estilo norteamericano en la Argentina, pero nunca escatimó elogios para el joven maravilla. Decía que Lugones y otro de sus discípulos, el ecuatoriano Gandhi Espinosa Tinajero, representaban a «una nueva generación de consultores». Por eso los eligió como redactores en las sombras de buena parte de su *bestseller*, *El arte de ganar* (2009), en el que analizó detalladamente los pormenores de la disputa electoral entre De Narváez y Kirchner, entre otras experiencias exitosas.



Después de la reunión en lo de Durán Barba, Santiago Caputo buscó a Lugones en LinkedIn. Durante meses se mostró perseverante, a riesgo de que su densidad se volviera contraproducente. No le fue mal: Rodrigo comenzó a responderle esporádicamente y entablaron un vínculo virtual a través de la red social que conecta a empleadores y empleados.

En el verano de 2011, Lugones invitó a Caputo a desayunar a Pani de Palermo Soho. El aspirante estaba resignado, pero fue a la cita igual y vio a su ídolo deglutir un desayuno energético con tostadas, paltas, yogur y granola. En ese restaurante canchero y rococó, el mejor alumno de Durán Barba le propuso a Caputo que comenzara a trabajar con él. Le dijo que arrancaría como *junior*, pero que si traía clientes podía ascender.

—Pensé que me querías levantar —le respondió en broma el aspirante a consultor. Obviamente aceptó el trabajo.

Cuando Caputo llegó a trabajar a las oficinas de la calle Libertad, generó una pequeña decepción. El aprendiz sacó una *laptop* estampada con un sinfín de calcomanías de la UCR. Lugones entendió que ese Caputo venía del linaje del excanciller Dante y que no tenía un vínculo tan directo con Nicky, pese a que el exitoso empresario (*consiglieri* y *fundraiser* de Macri) había hecho el puente inicial.

Lugones, el nuevo jefe de Caputo, no necesitaba presentar sus cartas credenciales ante el radicalismo alfonsinista. Su madre, Alicia Justo, había sido una pieza fundamental en el equipo de comunicación de Raúl Alfonsín en 1983. Y durante los casi seis años de mandato posteriores, ella realizó las encuestas cualitativas para la Casa Rosada, mientras que el cientista político Edgardo Catterberg se encargaba de los estudios cuantitativos. Así como Rodrigo Lugones fue uno de los pioneros con la segmentación electoral en la Argentina, tres décadas antes su madre había sido la impulsora de los *focus group* en estas latitudes. No hay referente del rubro de la consultoría que no la reconozca como la primera en importar la técnica de investigación que reúne a un grupo aleatorio de personas para obtener respuestas concretas sobre candidatos, funcionarios, medidas o decisiones de gobierno.

En el libro *El Coti. El dueño de todos los secretos*, Darío Gallo y Gonzalo Álvarez Guerrero cuentan que fueron

sus vínculos políticos los que llevaron a Alicia a sentar a su entonces esposo, Mario Lugones, médico cardiólogo y padre de Rodrigo, con el poderoso operador radical Enrique «Coti» Nosiglia. En 1982, Lugones padre había creado la empresa Praxis Médica y, en cuanto afianzó su relación de amistad con Coti, los negocios fluyeron. La empresa de salud cerró importantes acuerdos con obras sociales de sindicatos nutridos, como los empleados de comercio o los gastronómicos.

A mediados de la década del noventa, Mario Lugones fundó Silver Cross, la sociedad anónima que compró el Sanatorio Güemes de la ciudad de Buenos Aires. Los beneficiarios finales de las ganancias de la clínica, según las versiones que siempre circularon en las mesas del *establishment* local y nunca se ratificaron en los papeles, eran Nosiglia y Luis Barrionuevo.

Pero recién en 2019, Coti y Mario formalizaron su nexo comercial. Crearon juntos la Consultora Nueva Buenos Aires SA, dedicada a brindar servicios de asesoramiento para establecimientos médicos. El padre de Rodrigo ya había fundado la firma Prestaciones Médicas de Salud (Presal) SAM, con Juan Francisco Nosiglia, uno de los hijos del Coti. Lugones hijo también fue accionista de esa operación.

En 2024, Santiago Caputo promovería a Lugones, el padre de su jefe y amigo, como ministro de Salud de la Nación. Pero todavía falta para llegar ahí.



En 2011, Caputo comenzó a trabajar con el staff duranbarbeano ávido de aprender los trucos para mover los hilos de una campaña electoral. Pero a las pocas semanas se encontró involucrado en una crónica policial. El 20 de julio de 2011, el Día del Amigo que le siguió a la muerte de Néstor Kirchner, la Gendarmería hizo un allanamiento en las oficinas de la galería de la calle Libertad y en otros domicilios ligados al entramado de empresas de los discípulos de Durán Barba. Los operativos fueron ordenados por el juez Ariel Lijo, que en ese momento subrogaba a María Servini de Cubría, la titular del juzgado N° 1 de Comodoro Py que controla la secretaría electoral de la Capital Federal.

El origen del despliegue de uniformados fue una denuncia penal presentada por Juan Manuel Olmos, por entonces presidente del PJ porteño. Olmos era además el jefe de campaña de Daniel Filmus, ministro de Educación del kirchnerismo y el candidato a jefe de Gobierno porteño del peronismo. El elegido de Cristina Kirchner para disputarle la ciudad a Macri había disputado esa candidatura con sus pares de Economía, Amado Boudou, y de Trabajo, Carlos Tomada. La expresidenta dejó correr a los tres durante meses, hasta que finalmente definió el tándem Filmus-Tomada para la boleta del Frente para la Victoria en la Capital Federal. Más adelante comunicó desde la Quinta de Olivos que Boudou sería su compañero de fórmula para los comicios presidenciales, en donde ella buscaría renovar la primera magistratura.

Macri, en cambio, en 2011 había decidido bajarse de la carrera nacional. Durán Barba, *medium* del sentir

social, le había aconsejado que dejara pasar el turno. «No hay forma de ganarle a una viuda», le dijo el gurú. El líder del Pro, entonces, fue por su reelección en la ciudad con un escenario optimista: Filmus iba a dividir el voto de centroizquierda porteño con Jorge Telerman y la elección estaba, prácticamente, servida en bandeja para los amarillos.

Aun así, el ministro de Educación despertaba cierta expectativa en la progresía local. En las primeras encuestas que llegaban al PJ, Filmus tenía chances de entrar al balotaje con el intendente de los globos de colores gracias a su imagen de buen tipo y al empuje que le daba una Cristina de luto volando en los sondeos.

A fines de marzo de 2011, el líder de Camioneros, Hugo Moyano, anunció una movilización de 400.000 personas en la Capital Federal con una convocatoria alérgica para los porteños. «El 29 de abril vamos a reventar la avenida 9 de Julio», dijo el mandamás de la CGT. Unos días más tarde, a Filmus le empezaron a llegar comentarios de numerosos compañeros del PJ que le preguntaban si el Frente para la Victoria estaba detrás de la marcha moyanista.

—Moyano anda diciendo que quiere jugar con nosotros, Juan Manuel... ¿Qué pensás? ¿Nos sirve ese apoyo?

—No, Daniel —se enervó Olmos—, esto es una campaña negativa para perjudicarte.

Las sospechas de Olmos se confirmaron a las pocas semanas. Una encuesta saturó los teléfonos fijos de la ciudad. «¿Conoce el programa Sueños Compartidos?», «¿Sabe usted que el padre de Daniel Filmus es arquitecto

y trabaja en las empresas de Sergio Schoklender?», «Si se comprueba que el padre de Filmus es arquitecto en la empresa Schoklender, ¿usted cree que esto afectará negativamente en la candidatura de Filmus? Sí, le afectará, marque 1. No, no le afectará, marque 2», «Ahora que usted sabe que el padre de Filmus trabaja con Schoklender, ¿lo votaría?».

Salomón Filmus, el padre del ministro de Educación, era un jubilado que no había terminado sus estudios, un vendedor de telas que ahora disfrutaba del remanso de la vida jugando a las bochas en el Scholem Aleijem. La encuesta era una *push poll* hecha y derecha que buscaba manipular la opinión de los votantes ligando a Filmus con Moyano y con Schoklender, los dos nombres más desprestigiados del momento.

Olmos radicó dos denuncias penales por la encuesta maliciosa: una en el juzgado federal con competencia electoral, a cargo de Servini, y otra en la justicia contravencional y de faltas de la ciudad, que recayó en manos del juez Carlos Bentolila.

—Gordo, ¿qué querés que haga con esto? —quiso saber Servini, alias la Chuchi.

—Moveló un poco... no sé, lo que se pueda —respondió Olmos, que caminaba por los tribunales con los ojos cerrados.

La intención del titular del PJ porteño era que la maniobra saliera a la luz durante la campaña. Quería hacer ruido. Y lo logró: Servini le pidió a Telecom que informara el origen de las llamadas de la *push poll* contra Filmus y determinó que las grabaciones salían de una

oficina de los Estados Unidos y se triangulaban con la Argentina a través de oficinas radicadas en Talcahuano 446, en Virrey Ceballos 422 y en Libertad 1240. Eran los domicilios ligados a Opinión Confidencial, Tag Continental SRL y Connectic SRL, las firmas de los jaimitos locales.

Garat y Lugones, exponentes de la picardía criolla, se la veían venir. Un rato antes de que los gendarmes irrumpieran en el Pasaje Libertad, levantaron campamento y se llevaron a su *troupe* de colaboradores a una oficinita mugrienta que tenían escondida en un altillo de la misma galería.

El más *junior* del grupo, Santiago Caputo, no podía creer lo que veía: la oficina donde había comenzado a trabajar, a metros suyo, estaba alambrada con cámaras de seguridad. Los consultores siguieron el allanamiento de principio a fin a través de los monitores como un Gran Hermano. La adrenalina era absoluta. El fin de la inocencia, también.

La causa por la encuesta malintencionada provocó una guerra mediática en la ciudad. «Durán Barba y Macri utilizaron métodos e instrumentos que deben ser repudiados por todos los sectores de la sociedad, incluidos los que siempre reclaman por la calidad institucional», lanzó Tomada en una conferencia de prensa. «Me pregunto si esta campaña sucia no habrá sido hecha con recursos públicos», arremetió.

En el Pro quisieron preservar a Macri del escándalo, pero respondieron con una conferencia de prensa encabezada por Durán Barba y por dos funcionarios

de primera línea: el jefe de Gabinete porteño, Horacio Rodríguez Larreta, y el secretario general de la ciudad, Marcos Peña. En un búnker con caras serias y con una impuntualidad poco usual para los amarillos, el gurú ecuatoriano se defendió. «Siempre nos han criticado porque somos unos inocentes *boy scouts*... El Pro, con el que trabajo desde hace años, nunca ha hecho campaña sucia. Yo no creo en las campañas sucias. Es una tontería y no me gusta que me crean bobo», dijo ante las cámaras.

Los funcionarios de Macri quisieron demostrar que el líder del Pro era la verdadera víctima de la difamación. Peña mostró impresiones de una decena de páginas web con agresiones hacia el jefe de Gobierno. «Macri es nazi», se leía entre ellas. Larreta sacó del bolsillo volantes con la leyenda: «Ahora mentimos mejor», con los colores del Pro. «Mientras sus militantes reparten esto en toda la ciudad, Filmus nos acusa de campaña sucia. Usan a la Justicia para hacer campaña», fustigó el jefe de Gabinete porteño. Y abrió el espacio a las preguntas de la prensa.

—Esta pregunta es para Durán Barba... ¿Usted conoce a Rodrigo Lugones? —lo acorraló un periodista.

—Sí, lo conozco perfectamente.

—¿Tag Continental, la empresa de Lugones, hizo la encuesta contra Filmus?

—No, que yo sepa no —respondió el ecuatoriano con un silbido en la voz.

Durán Barba dijo que Lugones había sido su «alumno» hasta que se «asoció» con él. Aseguró no tener nada

que ver con Tag Continental y juró que no tenía acciones «en ninguna empresa argentina». Pese a la defensa del macrismo, esa noche, el programa ultrakirchnerista 678, que se emitía por la TV Pública, hizo un festín.

Durante los allanamientos a las oficinas de Libertad 1240, los gendarmes secuestraron computadoras y documentación. En *Página/12*, Martín Granovsky reveló un acuerdo de confidencialidad privado que unía al gurú ecuatoriano con los consultores argentinos en un vínculo, hasta entonces, desconocido. «El señor Guillermo Garat y su equipo tienen experiencia en el desarrollo de la actividad de *call center*, explotando dicho negocio en el ámbito local e internacional», decía un acuerdo confidencial firmado por Durán Barba y Santiago Nieto como la «parte encuestadora». La «Parte Call Center» del acuerdo, o sea, Garat, se obligaba a «poner a disposición de la Sociedad su tecnología y conocimientos técnicos en materia de actividad a fin de utilizarlo para la realización de encuestas y de esta forma lograr una actividad rentable canalizada a través de la Sociedad y mediante la unión de los conocimientos y el esfuerzo de las Partes».

El papel cerraba con un compromiso de no competencia. Decía el texto: «Las Partes asumen la responsabilidad irrevocable y expresa de no desarrollar en forma directa o indirecta la realización de actividad alguna en competencia con la Sociedad en todo el ámbito de la República Argentina».

En 2012, Servini procesó a Durán Barba, a Garat y a Lugones por haber violado el Código Electoral. Es

decir, por «campana sucia». Pero la novela judicial continuó hasta un final predecible. Se desató un conflicto de competencia entre la Justicia federal y la porteña que comenzó a enlodar los expedientes, hasta que intervino la Corte Suprema. El máximo tribunal resolvió que el Juzgado en lo Penal, Contravencional y de Faltas N° 2 de la ciudad, el de Bentolila, era el que debía entender en la causa que investigaba los hechos lesivos para la honorabilidad de Filmus.

Fue una decisión por unanimidad; los cortesanos Ricardo Lorenzetti, Elena Highton de Nolasco, Carlos Fayt, Enrique Petracchi, Carlos Maqueda y Raúl Zaffaroni opinaron que los hechos denunciados habían tenido lugar en ocasión de una campana electoral local y apartaron a Servini, quien era la que más había avanzado en la investigación.

En la causa, las defensas de Lugones y Garat aportaron los videos de sus cámaras de seguridad para intentar demostrar que los gendarmes habían manipulado los servidores secuestrados durante los allanamientos y que se había violado la cadena de custodia de los equipos durante el operativo. Santiago Caputo fue uno de los que repasó durante horas las filmaciones para ayudar a sus nuevos jefes. El trago amargo estrechó los lazos de fidelidad entre el consultor *junior* y sus jefes, Lugones y Garat.

La justicia porteña dejó que el expediente agonizara lentamente hasta que en 2014 la Cámara de Apelaciones en lo Penal y Contravencional de Faltas sobreseyó a los tres acusados.

Pero la causa Filmus fue un parteaguas en la historia de la cofradía duranbarbeana.

Más allá de los coletazos judiciales —que Lugones no soportó, al punto de buscar clientes en México para alejarse del país unos meses en una suerte de exilio paranoide—, el *thriller* electoral fue un antes y un después en la relación entre Durán Barba y sus socios argentinos. Y marcó a fuego los vínculos comerciales entre el binomio Lugones-Garat con Macri y su indiscutida mano derecha, Marcos Peña.

El gurú ecuatoriano jura desde aquella época que detrás de la jugada de llamados con información falsa sobre Filmus y su padre estuvo la SIDE, todavía regentada por Antonio «Jaime» Stiuso, con el objetivo de desgastar la figura de un Macri que se perfilaba como principal líder opositor al kirchnerismo.

Lugones, en cambio, abonó desde un primer momento la teoría conspirativa del fuego amigo. «Si no fue Marcos, fue alguien del Pro que quiso echarnos la culpa», intentaba convencer a sus socios. Nunca consiguió las pruebas para validar su hipótesis.

Peña, por su parte, no quiso saber nada más con Lugones y con Garat. Y le pidió a Durán Barba que dejara a sus discípulos argentinos al margen de cualquier contrato de consultoría que Macri pudiera tener con él. A partir de entonces, los *fees* inhallables que pagaba el macrismo eran para que el ecuatoriano los iluminara con sus estrategias. Todo lo referido a la investigación (encuestas, comunicación directa, *focus group* y segmentación) se conseguiría por otro lado. El Pro, además,

montó su propio laboratorio consultoril. Creó su base de datos y armó un *call center* propio en el subsuelo de la sede del partido con un sistema de emails y llamados para reclutar «voluntarios». Esos eran los encargados de diseminar el mensaje para colaborar con la causa macrista, ya sea en sus grupos de WhatsApp o en sus redes sociales.

Para las elecciones nacionales de 2015, el macrismo ya tenía sus divisiones propias para el montaje de una campaña: Comunicación Directa, Movilización y Voluntariado, Campaña y Contenidos, Eventos y Prensa y Discurso y Digital.

En *Durán Barba. El mago de la felicidad*, Jaime le contó a Fidanza su deseo frustrado de fundar una suerte de escuela con sus discípulos. «Los chicos armaron un grupo acá y mi sueño era organizar algo académico para formar más gente. Estaban en eso hasta que a Filmus se le ocurrió lo de la campaña sucia», explicó en 2019.

En la intimidad, con el grabador apagado, Jaime siempre marcó otras diferencias con sus alumnos argentinos. «Yo nunca tuve visión empresarial. Ellos, en especial Rodrigo y Guillermo, siempre la tuvieron. Siempre tuvieron talento para esas cosas».

A partir de la causa judicial, Lugones, Garat y su tercer socio, Vidal, comenzaron a hacerse preguntas desde el punto de vista comercial. Y la lógica asimetría que tenían con Durán Barba —que originalmente a nadie le había molestado— empezó a producir algunos ruidos. «Cuando conseguimos un cliente nosotros, es de la empresa; pero los clientes de Jaime, son de Jaime»,

comenzaron a quejarse Rolo y Guillo después del trance en los tribunales.

Lugones y Garat entendieron que el Pro había optado por cortar el hilo por lo más fino. «Los empezaron a tratar de parias», recuerdan varios testigos de la época. Los jóvenes consultores se sintieron, entonces, plenamente habilitados a iniciar su propio camino y para pescar en otras peceras de la política. El caso Filmus abrió las puertas de la independencia: sin soltar la mano de «papá Jaime» —con quien siguieron compartiendo clientes—, los jóvenes consultores se armaron lo propio. Y los negocios florecieron.

Para empezar otra vez y acomodar los papeles, le cambiaron el nombre a Opinión Confidencial, la consultora con reminiscencias ecuatorianas. En julio de 2013, la rebautizaron como Green Consult SRL. Y eligieron un nombre de fantasía. A partir de entonces, los jaimitos argentinos se presentaron ante el sistema como Move Group.